

la voz de Dios, levántese y viva. Al sepulcro de Lázaro clamó el Señor, y resucitó, muerto de cuatro días. El que apestaba, respiró puras auras; sepultado estaba, y encima una gran piedra: la voz del Salvador rompió la dura piedra, y tu corazón es tan duro que aún no le quebranta aquella voz divina. Levántate en tu corazón, sal de tu sepulcro. ¿Qué quiere decir "levántate en tu corazón, sal de tu sepulcro"? Cree y confiesa. Pues el que cree, resucita, y el que confiesa, sale. ¿Por qué decimos que el que confiesa sale? Porque antes de confesar, estaba oculto, y al confesar sale de las tinieblas a la luz. Y después que hubiera confesado, ¿qué se le dice a los ministros? Lo que se dijo en el funeral de Lázaro: "Soltadle y dejadle ir". ¿De qué modo? Como se dijo a los ministros: *Cuánto desatareis en la tierra, será desatado en el cielo*¹².

8. *Viene el tiempo, y estamos ya con él, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la escucharen vivirán.* ¿De qué vivirán? De la vida. ¿De qué vida? De Cristo. ¿Cómo probamos que la vida es Cristo? *Yo, dice, soy el camino, la verdad y la vida.* ¿Quiéres caminar? *Yo soy el camino.* ¿Deseas no errar? *Yo soy la verdad.* ¿Quiéres no morir? *Yo soy la vida.* Esto te dice tu Salvador; no hay a quien ir, sino a mí; no hay por do ir, sino por mí. Esta es, pues, la hora de caminar y de vivir; esto se hace y se procura con todo ahínco y sin cesar. Levántanse los hombres que estaban muertos, pasan a la vida; a la voz del Hijo de Dios viven de Él, perseverando en su fe. Porque el Hijo tiene vida, de donde vivan los creyentes.

9. ¿Y cómo la tiene? Como la tiene el Padre. Oyele a Él mismo: *Porque así como el Padre tiene vida en sí mismo, así también el Hijo tener vida en sí mismo.* Hermanos míos, lo explicaré como pueda. Porque estas palabras son de aquellas que ofuscan y perturbana los entendimientos pequeños. ¿Por qué añadí *en sí mismo*? Bastaba decir: *Como el Padre tiene vida, a sí dio al Hijo tener vida.* Añadí *en sí mismo*, porque en sí mismo tiene el Padre la vida, y lo mismo el Hijo. Algo quiso darnos a entender con decir *en sí mismo*. En estas palabras está encerrado el secreto: llamemos para que nos abran. ¡Oh, Señor!, ¿qué es lo que has dicho? ¿Por qué has añadido *en sí mismo*? Pues el apóstol Pablo, a quien hiciste vivir, ¿no tenía vida? Y en cuanto a los hombres muertos a la vida de la gracia, cuando, creyendo a tu palabra, reviven y pasan de muerte a vida, después de haber pasado, ¿no tienen en ti vida? La tienen, pues yo, poco ha dije: *El que oye mis palabras y cree al que me envió, tiene la vida eterna.* Luego

los que en ti creen, tienen vida, y no dijiste en sí mismos. Mientras que al hablar del Padre, dijiste: *Así como el Padre tiene vida en sí mismo*, y lo mismo hablando de ti: *Así dio al Hijo tener vida en sí mismo*. Como el la tiene, así le dio el tenerla. ¿En dónde la tiene? En sí mismo. ¿En dónde le dio el tenerla? En sí mismo.

Pablo, ¿dónde la tiene? No en sí mismo, sino en Cristo. tú, creyente, ¿dónde la tienes? No en ti mismo, sino en Cristo. Veamos si dice esto el Apóstol: *Va no soy yo el que vino, sino que vive en mí* ¹³. Nuestra vida, en cuanto nuestra, esto es, procedente de nuestra propia voluntad; no será sino mala, inicu y pecadora; por el contrario, la vida buena en nosotros, de Dios viene, no de nosotros.

Cristo, en cambio, tiene la vida en sí mismo, lo mismo que el Padre, porque es el Verbo de Dios. No vive unas veces mal y otras bien; el hombre sí hoy vive mal y mañana bien. El que vivía mal, en su vida estaba; el que vive bien, a la vida de Cristo ha pasado. Al participar de la vida, no eras lo que entonces recibiste, aunque existiera para poder recibirlo; el Hijo de Dios, en cambio, no existió nunca primero sin vida, sino recibiría luego. Porque si así la recibiera, no la tendría en sí mismo. ¿Qué quieres decir *en sí mismo*? De tal manera que el es la misma vida.

10. Quizás pueda decirnos algo más claro todavía. Enciendes, v. gr. una lámpara: aquel fuego, en cuanto a la llama que difunde, tiene luz en sí mismo; tus ojos, en cambio, que antes de encender la lámpara yacían y nada veían, ya tienen también luz, mas no en sí mismos. Por tanto si se apartan de la lámpara quedan en tinieblas, y si se acercan, son iluminados. Mas aquel fuego, mientras dura, da luz; si quieres, quitarte la luz, lo apagas al mismo tiempo, pues sin luz no puede existir. Mas Cristo es luz inextinguible y coeterno al Padre, siempre candente, luciente, siempre, siempre ferviente; porque si no hirviese, ¿cómo iba a decir el Salmo: *No hay quien pueda sustraerse a su calor* ¹⁴. Tú, por el contrario, en tu pecado, estabas frío; te convertíes, para enervortizarte; si te apartas, te quedas frío. En tu pecado eras tenebroso; te convertíes y recibes luz; si te apartares, te quedarás a oscuras. Por tanto, como de ti mismo eras tinieblas, si recibirías luz, no serás la misma luz, aunque estés iluminado. Pues dice al Apóstol: *Fuisteis algún tiempo tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor* ¹⁵. Después de decir ahora luz, añadió en el Señor. En ti, pues, tinieblas; en el Señor, luz. ¿Y por qué luz? Porque eres luz por participación de aquella luz. Si, pues, te apartas de la luz que te ilumina, vuelves a tus

tinieblas. No así Cristo, no así el Verbo de Dios. Sino ¿cómo? Como *el Padre tiene vida en sí mismo, así dio también al Hijo tener vida en sí mismo*; de suerte que no vive por participación, sino incommutablemente, y de suerte que El es la misma vida. Así *le dio vida en sí mismo*. Como la tiene, así se la dio. ¿Qué diferencia hay? Que aquel la dio y éste la recibió. ¿Por ventura existía ya cuando la recibió? Entendemos, podemos imaginar a Cristo sin luz en algún tiempo, siendo, como es, la sabiduría del Padre, de la cual se dijo: *Es el resplandor de la luz eterna*¹⁶⁷? Luego decir, dio al Hijo, es lo mismo que decir engendró al Hijo, pues engendrándole se lo dio. Del modo que le dio que fuese, de ese mismo le dio que fuese vida, y que fuese vida en sí mismo. ¿Y qué significa que tuviese vida en sí mismo? Que no tuviera que mendigarla de otro, sino de El fuese la plenitud de la vida, de donde viviesen los creyentes, mientras tuviesen vida. *Díole*, pues, tener vida en sí mismo, y se la dio ¿como a quién? como a su Verbo, como a aquel que en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios.

11. Después, como hecho hombre, ¿qué le dio? *Y le dio potestad de ejercer el juicio, porque es Hijo del Hombre*. En cuanto es Hijo de Dios, así como *el Padre tiene la vida en sí mismo, así le dio al Hijo tenerla en sí mismo*; mas en cuanto el Hijo del Hombre, le dio el poder de juzgar. Ayer, explicándooos estas palabras, os decía que en el juicio final se dejará ver en cuanto hombre, no en cuanto Dios; pero luego, después del juicio, verán también su divinidad, los que en él salieron vencedores, mas no los impíos, no los réprobos y condenados. Como hombre, pues, le verán en aquel juicio; pero en aquella forma (naturaleza), en que bajará del mismo modo que subió; por eso dijo antes: *el Padre a nadie juzga, sino que dejó al Hijo todo el juicio*. Lo mismo repite ahora: *Y le dio poder de juzgar, porque es Hijo del Hombre*.

Quizás habría alguno diciendo entre sí: ¿Potestad de juzgar dices que le dio? ¿Por qué? ¿Cuándo? ¿Cómo? Pues ¿cuándo careció de ella? Cuando *en el principio era ya el Verbo, y el Verbo estaba con Dios; cuando todas las cosas fueron hechas por El* ¿no tenía ya, por ventura, potestad de juzgar? Bueno, pero lo que yo digo es otra cosa, que se la dio en cuanto es Hijo de Hombre. En este concepto recibió tal potestad, *porque es Hijo del Hombre*. Que, como Hijo de Dios, siempre la tuvo. Recibíola el que fue juzgado, el que fue crucificado. El que estuvo en los dominios de la muerte, está ya gozando de eterna vida; que el Verbo de Dios jamás murió. El es la misma Vida.

vivían, no se hizo allí distinción alguna; no se dijo: Oirán los muertos

Aunque en lo dicho poco antes, los muertos oyendo y creyendo

muerte, no a vida. Veamos, pues, quiénes saldrán.

vivirán. Porque si vieron mal, y yacían en los sepulcros, resucitarán a

que yacen en los sepulcros, oirán su voz y saldrán. No dijo: Oirán

todos los que creen, viven. Mas de los sepulcros, ¿qué dice? Todos los

ren vivirán. No dijo: Unos vivirán y otros se condenarán, porque

sino los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la escucha-

que esta resurrección? Antes no dijo las que yacen en los sepulcros,

todos los que yacen en los sepulcros. ¿Qué cosa más clara y evidente

la prueba. Sigamos, pues. No os extrañéis, que se llega la hora en que

ción de los cuerpos? Si tienes un poco de paciencia; tú mismo te darás

13. Y ¿por dónde me pruebas que hablaba de la futura resurrec-

dijo: viene la hora; no dijo y ahora es, porque será al fin de los siglos.

esta. En esta otra resurrección futura de los cuerpos que nos enseña,

dice: No os maravilléis, que tiempo viene. Aquí no añadió y es éste.

En aquella resurrección por la fe, ¿qué dijo? Légame la hora, y es

creído, cree por completo. ¿Qué otra cosa tengo de creer? Oye lo que

tienes motivo para envolverte en tinieblas de muerte. Ya que has

jos, confirma a los suspensos y dudosos. Oye lo que sigue, que no

Dios Nuestro Señor, que sostiene a los vacilantes, dirige a los perple-

infieles; ¿a qué me vienes con otra resurrección? Gracias sean dadas a

a vida; la resurrección ya está hecha en los fieles que antes fueron

palabras: He aquí que el Señor dice: el que cree en mí pasa de muerte

*han pervertido la fe de varios*¹⁷. Pues creo que les alegaba estas

que pervertían los corazones de otros, de quienes dijo el Apóstol: Y

hay más que ésta, y se desesperase cayendo en el error de aquellos

ciónar esta resurrección de las almas, para que nadie creyera que no

habrálá, créela firmemente. Oye, si no, lo que sigue después de men-

por eso no te figures que no va a haber ya resurrección de los cuerpos;

justos, pasan de la muerte de la incredulidad a la vida de la fe; mas

ahora: muertos estaban los infieles, muertos los inicuos; viven los

Es verdaderísima, ciertamente, esta resurrección que se verifica

tes; madura tu juicio, no corras tras tu opinión preconcebida y falsa.

eso que dicen de la resurrección futura? Espera un poco no te precipi-

del Hijo de Dios, viva; muerto estaba; oyó, resucitó. ¿qué es, pues,

sufre juicio. Llegada es ya la hora, ésta es, en que quien oiga la voz

resucitado; todo el que oye y cree a Cristo pasa de muerte a vida y no

12. Quizá se le habrá venido a alguno al pensamiento: Ya hemos

la voz del Hijo de Dios, y después de oírla, vivirán unos y otros se condenarán, sino: *Todos los que oyeren vivirán*, porque los que crean vivirán, los que tengan caridad vivirán y no morirá ninguno. Mas los de los sepulcros oírán la voz, y saldrán los que obraron bien, a la *resurrección de la vida*, y los que mal, a la resurrección del juicio. Este es el juicio, esta es el castigo, esta la pena, de la cual, poco antes, había dicho: *El que crea en mí, pasa de muerte a vida, y no vendrá a juicio.*

14. *No puedo yo hacer cosa por mí: según oigo juzgo, y mi juicio es justo.* Si según oyes juzgas, ¿a quién oyes? Si al Padre, el Padre, por cierto, a nadie juzga, sino que todo el juicio se lo dio al Hijo. ¿Pues cómo tú, heraldo en cierto modo, y pregonero mayor del Padre, dices lo que oyes? Digo lo que oigo, porque lo que es el Padre eso soy yo, pues mi decir es ser, porque soy el Verbo del Padre. Esto te dice Cristo. Esto, por ende, has de creer de tuyo. ¿Qué es aquello, como oigo juzgo, sino como soy? Ruegáos, pues, hermanos, que investigemos cómo oye Cristo. Al Padre oye Cristo. ¿Cómo le habla el Padre? ¿Cómo le dice? Por cierto que si algo le dice, palabras le dirige, pues todo el que dice algo a alguien, con palabras se lo dice. ¿Cómo, pues, le dice el Padre al Hijo, cuando el Hijo es el Verbo del Padre? Todo lo que el Padre nos dice a nosotros, por medio de su Verbo nos lo dice; el Verbo del Padre el Hijo es; al Verbo mismo, con qué otra palabra le habla? Único es Dios, un solo Verbo tiene, en un solo Verbo lo encierra todo. ¿Qué otra cosa es, pues, según oigo juzgo, sino como el Padre procedo, así juzgo? Porque si por ti nada haces, oh Señor Jesús, según opinan los carnales, si nada obras por ti, ¿cómo dijiste poco antes: *Así el Hijo da vida a los que quiere?* Y ahora nos dice: *Por mí nada hago.* Pero ¿qué quiere aquí confiamos el Hijo, sino que del Padre es y del Padre procedo? El que es del Padre, no es de sí. Si el Hijo fuese de sí, no sería Hijo; del Padre es. El Padre, para ser, no es (=procede) del Hijo; el Hijo para ser, del Padre es o procede. Igual al Padre; más, no obstante, aquel de éste, no éste de aquél

15. *Porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado.* El Hijo unigénito dice: *No busco mi voluntad*, ¿y quieren los hombres hacer la suya propia? El que es igual al Padre se humilla tanto, ¿y el que yace postrado en la más profunda bajeza, de donde no puede levantarse si no le dan la mano, tan desmesuradamente se ensalza? Hagamos, pues, hermanos, la voluntad del Padre, la voluntad del Hijo, la voluntad del Espíritu Santo, porque en esta Trinidad una es la voluntad, único el poder y una la majestad soberana.

Mas, no obstante, dice el Hijo: *No he venido a hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado*, porque Cristo no es principio sin principio, sino que procede del Padre. Lo que tuvo, empero, de suerte que apareció como hombre, de la criatura lo tomó, que El formara.

Notas:

1. Mt. 19, 17.
2. 1 Tim. 6, 17-19.
3. 2 Cor. 5, 10.
4. El Cuerpo de Cristo en la Eucaristía, que no declara más por razón de los Catecúmenos presentes, que no estaban iniciados en el gran misterio de la fe cristiana.
5. 1 Cor. II, 30.
6. Gén. 2, 17.
7. Si obras según ella, como dice en el número siguiente.
8. Rom. 1, 17.
9. Mt. 8, 22.
10. Efes. 5, 14.
11. 1 Jn. 2, 10.
12. Mt. 18, 18.
13. Ga 1, 2, 20.
14. Ps. 18, 7.
15. Ef. 5, 8.
16. Sap. 7, 26.
17. 2 Tim. 2, 18.

TRATADO XXIII

Desde aquel texto evangélico: Si yo doy testimonio de mí mismo, etc., hasta aquel:
Y no queréis venir a mí para alcanzar la vida. (Jn. 5, 31-40).
Repítese además la explicación de 5, 19.

1. En cierto pasaje del Santo Evangelio dice el Señor que el sabio oyente de su palabra es semejante a un hombre que, al echar los cimientos de un edificio, ahonda hasta encontrar piedra firme sobre que asentar su fábrica solidamente, a prueba de ríos y avenidas¹, a fin de que, cuando éstas lleguen, lejos de arruinarse la casa, resista firme a los furiosos embates de las olas. Hagamos cuenta que la Escritura divina es como un campo donde queremos levantar un edificio. No seamos negligentes y perezosos, ni nos contemos con un conocimiento superficial; cavemos más hondo hasta que lleguemos a la piedra. *Y la piedra era Cristo*².

2. La lectura de hoy nos habla de los que dan testimonio del Señor, diciéndonos que no tiene necesidad del testimonio de los hombres, que tiene otro mayor, y dice cuál es. *Las obras, dice, que hago yo, dan testimonio de mí* (5, 36). Y añade luego: *Y el Padre que me envió, da testimonio de mí*. Y también añade que del Padre ha recibido las obras que hace. Dan, pues, testimonio las obras, y lo da también el Padre. ¿Pues y Juan, no dio testimonio ninguno? Dijo, cierto, mas como lámpara, no para saciar a sus amigos, sin para confundir a los enemigos, que ya de antiguo lo tenía predicho el Padre: *Prepara una antorcha a mi Cristo, cubre de confusión a sus enemigos y brillará sobre el mi diadema*³. Concedido que *sentado tú* en oscuridad ma noche, *en la región de las tinieblas y sombras de la muerte*⁴, viste una antorcha que te llenó de admiración y de júbilo, pero esa antorcha te está preguntando que hay un sol, en el cual debes poner tus regocijos, y aunque ilumina tu noche, te dice que debes esperar un clarísimo día. No porque no hubiese necesidad del testimonio de aquel hombre, puesto que si no era necesario, ¿a qué enviarlo?, sino a fin de que no se contenten los hombres con la lámpara y crean que les basta su luz; por esto el Señor, ni dijo que era superficial, ni te dijo tampoco que

debas parar en ella. De otro testimonio se hace mención en la divina Escritura: allí, ciertamente, dio Dios testimonio de su Hijo, y en aquella Escritura tenían los judíos puesta su esperanza. ¿En cuál? En la ley de Dios dada por ministerio de Moisés, su siervo, *escudrina*, dice, *la Escritura, en la cual creéis vosotros tener la vida eterna; ella da testimonio de mí, y no queréis venir a mí para poseer la vida*. ¿Pues qué? ¿Creéis, acaso, vosotros tener en la Escritura de vida eterna? Preguntadle, pues, a quien dé de ella testimonio y entenderéis cual es la vida eterna. Y pues por Moisés querían rechazar a Cristo, como si fuera contrario a las leyes y disposiciones mosaicas; los refuta y convence como con otra antorcha.

3. Todos los hombres son antorchas, porque pueden encenderse y apagarse. Pero antorchas, que si son de ley, alumbran y arden, pues si las que antes ardían llegan a apagarse, lejos de alumbrar a otros y arder en sí en fuego de caridad, antes apestan. Pues los buenos y fervorosos siervos de Dios perseveran siendo lucientes y ardientes lámparas, no en virtud de sus fuerzas, sino con el óleo de la misericordia divina. Esta gratuita gracia de Dios es el óleo de las lámparas. *Más abundante ha sido mi trabajo que el de todos ellos*, dijo una de esas lámparas⁵; mas para que no pareciese que ardía con sus propias fuerzas, añade al punto: *Más no yo, sino la gracia de Dios conmigo*. Antorcha, pues, fueron todas las profecías que precedieron a la venida del Señor, de las cuales dijo el apóstol Pablo: *Mas tenemos aun un testimonio más firme, que es la palabra profética, al cual hacéis bien en atender como a una lámpara que luce en su sitio oscuro, hasta que Dios amanezca y el lucero de la mañana alumbré vuestros corazones*⁶.

Ardientes hacchas son, pues, los profetas, y cada profecía es una ardiente antorcha. ¿Pues y los apóstoles, no son, así mismo, lucientes lámparas? Indudablemente, pues sólo El no es lámpara, puesto que no se enciende y se apaga: que así como el Padre tiene la vida (y lo mismo la luz de la divinidad), así dio al Hijo tener la vida en sí mismo. Lámparas son, pues, los apóstoles, y dan a Dios incesantes gracias, porque los encendió con la lumbre de la eterna Verdad, y los inflamó con el espíritu de caridad y le suministra en abundancia el óleo de su divina gracia.

Si no fuesen lámparas, no les hubiera dicho el Señor. *Vosotros sois la luz del mundo*⁷. Mas después de decirles vosotros sois la luz del mundo, les advierte que no se figuren, que son una luz como

aquella de que se dijo: *Era la luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo*. Dijo esto de Juan, cuando se le distinguió del Señor. Pues de Juan Bautista se dijo: *No era él la (misma) luz, sino un enviado para dar testimonio de la luz*. Y no digas: ¿cómo que no era luz, cuando el mismo Cristo dijo de él que era una lámpara ardiente y luciente? Porque en comparación de la otra luz, de la luz indeficiente y eterna, no era luz. El sí que era luz *verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo*. Por esto cuando dijo a los discípulos: *vosotros sois la luz del mundo*, para que no se figurasen que les atribuían algo que de sólo Cristo debe entenderse, y se apagasen a así las lámparas con el viento de la soberbia, después de decirles: *Sois la luz del mundo*, al punto añadió: *No puede estar oculta una ciudad asentada sobre un monte, no se enciende una lámpara para colocarla debajo de un celentín, sino sobre un candelero, para que alumbre a cuantos hay en la casa*⁸. Mas que si a los apóstoles no les llamó lámparas, sino encendedores de la lámpara que se había de poner sobre el candelero? Escucha cómo los llama lámparas: *De tal modo brille vuestra luz ante los hombres, que viendo vuestras buenas obras, glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos*⁹.

4. Luego Moisés dio testimonio de Cristo, y Juan dio testimonio de Cristo, y los profetas y los apóstoles dieron testimonio de Cristo. Mas a todos estos testimonios antepone el testimonio de sus obras. Pues también por medio de aquellos solamente Dios fue el que dio testimonio de su Hijo. Mas Dios da testimonio de su Hijo de otro modo: por su mismo Hijo indica Dios, a su Hijo, se da a conocer por su Hijo. Si logras llegar a Este, no necesitas lámparas; entonces, cuando más hondo, asentaras tu edificio sobre peña viva.

5. Fácil es, pues, hermanos, la lección de hoy; mas lo prometido es deuda: bien se lo que dejé, no para siempre, sino para luego y el Señor se ha dignado concedernos que pueda también hoy dirigirnos la palabra; recordad, pues, lo que debéis pedir, que tal vez nos conceda el Señor, si recurrimos a Él con la debida piedad y saludable humildad, el que de algún modo nos extendamos y levantemos, no contra Dios, sino a Dios, y elevemos a Él nuestras almas, derramándolas sobre nosotros¹⁰, como aquel del Salmo a quien se decían: *¿dónde está tu Dios? Acordándome de esto, ensanché dentro de mí espíritu*¹¹. Levantemos, pues, nuestra alma, no contra Dios, sino a Dios, por que así se dijo: *A ti, oh Señor, he levantado mi espíritu*¹². Y levantémosla

con su ayuda, porque es pesada. ¿Por qué es pesada? Porque el cuerpo corruptible agrava (=apesga) el alma, y esta morada terrestre deprime la mente, ocupada en mil cosas¹³.

No sea, pues, que no podamos quitar nuestra mente, y apartándola de tanta multitud de cosas, reducirla y elevarla a una (lo cual, ciertamente, no podremos, como antes dije, si no nos ayuda aquel que quiere levantar a Sí nuestras almas) y no alcancemos en manera alguna, como el Verbo de Dios, único Verbo del Padre, coeterno e igual al Padre, no hace sino lo que ve hacer al Padre, siendo así, no obstante, que nada hace el Padre sino por el Hijo, y viéndolo éste: me parece a mí que, puesto que Nuestro Señor Jesucristo, en este pasaje, queriendo insinuar algo grande a los que estudian y son capaces de entenderlo, y excitar a los incapaces al deseo y estudio, para que, viendo que no lo entienden, procuren capacitarse viviendo bien, nos insinuó que el alma humana, la mente racional que tiene el hombre y no tiene el bruto, no recibe la vida ni la dicha, ni la luz, sino de la misma sustancia de Dios; y que esta alma obra en el cuerpo y por medio del cuerpo, por medio de las cosas corporales, pueden recibir impresiones gratas e ingratas, y por esto, es decir, por la unión y consorcio del alma y el cuerpo en esta vida, recibe el alma deleite cuando son lastimados; sin embargo, la bienaventuranza del alma, por la cual es ella feliz, no se realiza sino por la participación de aquella vida siempre viva, de aquella incommutable y eterna sustancia que es Dios; de tal manera que, así como el alma, que es inferior a Dios, hace vivir a lo que es inferior a ella, que es el cuerpo, así la misma alma la hace vivir vida bienaventurada, sino lo que es superior a ella. Superior es al cuerpo el alma, y superior al alma es Dios. Ella da algo a su inferior y, a su vez, recibe de su superior.

Esta es, hermanos míos, la religión cristiana que se predica por todo el mundo, alterándose sus enemigos que se ensañan donde prevalecen, y donde llevan la peor parte murmuran a sombra de tejado. Esta es la religión cristiana: dar culto a un solo Dios, no a muchos, porque no hace al alma bienaventurada sino un solo Dios. Participando de Dios, se hace feliz. No participando de algún alma santa, no por participación de algún ángel, es bienaventurada el alma santa, sino que si desea ser feliz el alma flaca, busca en donde halla su bienaventuranza el alma santa. Pues no ha de ser tu bienaventuranza un ángel, sino que con el mismo bien que el ángel has de ser bienaventurado tú.

6. Sentadas ya estas cosas y puestas como firme e inconcuso fundamento, que en sólo Dios está la bienaventuranza del alma, y que ésta es la que da vida, al cuerpo, y que el alma es algo intermedio entre Dios y el cuerpo, atended ahora y recordad conmigo, no la lección de hoy, de que ya hemos dicho lo bastante, sino la de ayer, que viene ocupándonos y preocupándonos ya tres días, cavando con todas nuestras fuerzas, a ver si, por fin, llegamos a la roca viva. Cristo es Dios. Cristo es Verbo y Verbo de Dios; Cristo y Dios y el Verbo un solo Dios. ¡Oh alma!, desecha todo lo demás y dirígete allá, o pasando por encima de todo, camina allá. No hay cosa más activa, no hay cosa más poderosa que esta criatura que se llama alma racional; nada más sublime. Lo que sobre ella está, el Criador es ya.

Decía que Cristo es el Verbo de Dios Cristo, y Cristo el Verbo Dios, más no sólo es Cristo el Verbo, *porque el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*; luego Cristo es el Verbo, y Cristo es carne. *Porque como se hallase en la forma de Dios, no creyó ser rapina al tenerse por igual a Dios*¹⁴. ¿Y qué iba a ser de nosotros, pobres y miserables, atolados por la tierra sin poder llegar a Dios? ¿Se nos había de dejar abandonados? De ningún modo. Se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo. No perdió, pues, la forma de Dios, Pues se hizo hombre el que era Dios, tomando lo que no era, no perdiendo lo que era; así se hizo Dios hombre. Allí tienes algo para remedio de tu flaqueza, y algo también para alcanzar tu perfección. Levántate de tu posturación Cristo por medio de aquello en virtud de lo cual es hombre; guíete por aquello por lo cual es hombre Dios, y conduzcate a aquello que es Dios.

Toda la predicación y economía de Cristo se reduce a esto, hermana- nos y no hay otra cosa, que resuciten las almas, que resuciten los cuerpos. Porque ambos estaban muertos, el cuerpo por la enfermedad, el alma por la iniquidad. Y pues ambos estaban muertos, que resuciten ambos. ¿Cuáles ambos? El alma y el cuerpo. Y ¿por medio de qué resucita el cuerpo sino por Cristo hombre? ¿Por qué el alma si no por Cristo Dios. Había en Cristo alma humana, toda ella, no sólo la parte sensitiva, sino también la racional, que se llama mente. Hubo unos herejes (los Apolinaristas) que fueron arrojados de la Iglesia, que dijeron que Cristo no tenía alma racional, no queda más vida que la de los brutos. Mas como fueron expulsados, y con toda razón, recibe y confiesa a Cristo entero, el Verbo, el alma racional y la carne. Esto es Cristo todo entero. Resucite tu alma de la iniquidad por la divini-

8. He aquí que otra vez bajamos a sentimientos carnales, de nuevo nos abatimos y bajamos a vosotros, si es que alguna vez nos habríamos elevado, algo de vosotros. Intentas enseñarle a tu Hijo algo para que haga lo que tú haces: preciso es que primero lo hagas tú, y así se lo enseñes. Luego lo que te ves obligado a hacer para enseñar a tus hijos no lo haces por medio de El, sino que tú solo lo haces, para que él te vea hacerlo y así haga otra cosa semejante. Allí (en Dios) no

?Quién ve esto?

al Hijo. Así se hace todo lo que hace el Padre por medio, del Hijo. del Hijo, todo lo que no es el Padre ni el Hijo, sino inferior al Padre y las criaturas: y así se hace por la demostración del Padre, y la visión evidente, y por la demostración del Padre y la visión del Hijo se hacen almas, si pueden ver esta unión del Padre demostrante y del Hijo que se hace por el Padre por medio del Hijo. Así se resucitan las dolos, y por la demostración del Padre y la visión del Hijo se hace la hace. Porque no se lo muestra al Hijo haciéndolo, sino que mostrándolo, lo que el Padre muestra al Hijo, o sea, lo que hace, por el Hijo lo las almas, si Dios no es su vida, como ellas son la vida de los cuerpos; pueden vivir las almas si Dios no es su vida. Si, pues, no pueden vivir citan las almas, porque son resucitadas por el Padre y el Hijo; ni *muestra todo cuanto hace*. Le muestra el Padre al Hijo cómo se resucita de otro modo, *sino del mismo modo. Porque el Padre ama al Hijo y le cosa, sino las mismas (numéricamente), las hace también el hijo, y no res? No, por cierto, sino ¿qué? Cuanto El hace eso mismo y no otra Hijo, para que hiciera El otro mundo poblado de semejantes morados por El. ¿Hizo por ventura Dios todo esto, y hecho ya, se lo enseñó al las dominaciones, los principados, las potestades; todo ha sido hecho aire, los astros en el cielo, además los ángeles, las virtudes, los tronos, tierra, los frutos de los campos, los peces en las aguas, las aves en el modo el Hijo: lo seres visibles y los invisibles, los animales de la sino lo que quiere hacer al Padre: cuanto él hace también del mismo 7. En verdad os digo que no puede hacer cosa alguna el Hijo,*

naturaleza humana de Nuestro Señor Jesucristo. por la sustancia de Dios, y por qué resucitan los cuerpos, por la los cuerpos de la corrupción. Ya he dicho por qué resucitan las almas, su venida a la tierra, para que resuciten las almas de la iniquidad, y y ved lo que aquí nos enseña Cristo, que no es otra cosa que el fin de carísimos, oíd, cuanto yo alcanzo, la gran profundidad de esta lección; dad, resucite tu cuerpo de la corrupción por la humanidad. Por tanto,

hay tal?: por qué pasa a tu semejanza, perdiendo así las semejanzas de Dios? De ningún modo se muestra esto allí¹⁵. Una cosa se me ocurre que indicarte para que puedas enseñar a tus hijos lo que vas a hacer antes que lo hagas, y después de habérselo enseñado, lo hagas tú por medio de él, y tal vez se ha ocurrido también a ti: he aquí que pienso hacer una casa, dices, y quiero que sea fabricada por mi hijo: antes de fabricarla yo, le enseño a mi hijo los planos y le doy otras instrucciones, y él la hace luego, y yo por medio de él a quien mostré mi designio.

Algo te has apartado de la primera semejanza, pero todavía te arrastras por los suelos en una muy grande semejanza. Porque antes de hacer la casa indicas y muestras a tu hijo lo que piensas hacer, a fin de que, mostrándoselo antes de hacerlo haga él lo que le has enseñado y tú por medio de él; pero tienes que decir palabra a tu hijo, han de correr palabras entre ti y él, entre el demostrante y el vidente, entre ti, que hablas, y él que te oye, vuela un sonido articulado que no es el ni eres tú. Porque aquel sonido que sale de tu boca, y después de azotar el aire, toca e impresionan el oído de tu hijo, y de allí transmite a su corazón tu pensamiento, no eres tú mismo, ni es tampoco tu hijo. Desde tu alma has comunicado una señal al alma de tu hijo, que no es ni tu alma ni la de tu hijo. ¿Vamos a creer que pasa una cosa tal entre el Padre y el Hijo? ¿Han mediado acaso palabras entre Dios y su Verbo? ¿Cómo puede ser eso? Si el Padre quisiera decir algo a su Hijo, siendo éste su Verbo, iba a hablarle por intermedio de otro verbo? Por ventura, porque el Hijo es el gran Verbo era preciso que intervinieran otros verbos menores entre el Padre y el Hijo? ¿Era preciso que saliera de la boca del Padre un sonido, una criatura temporal que fuera volando e hiriera el oído del Hijo? ¿Tiene Dios, por ventura, cuerpo para que salga de sus labios un sonido, y oídos corporales el Verbo para que llegue a ellos? Aparta todo lo corporal, y si eres simple, si eres sencillo, piensa en la divina simplicidad. Y ¿cómo serás simple? Si no te mezclas y engolfas en el mundo, sino que te desembranzas de él; pues despegándote de él serás simple y sencillo. Entiende, si puedes lo que digo, o si no puedes cree lo que no entiendes. Dices algo a tu hijo, con palabras se lo dices, y ni tú ni tu hijo sois la palabra que suena.

9. Otra cosa dices, tengo que significaros; es tan listo y erudito mi hijo que entiende a medias palabras; más aún, basta una señal para indicarle lo que ha de hacer. Muéstrale en buen hora por señas lo que

quieres, siempre será cierto que tu alma quiere mostrar lo que en sí tiene. ¿Con qué haces las señas? Con tu cuerpo, es decir, con tus labios, con tu rostro, con tu entrecéjlo, con tus ojos, con tus manos. Todas estas cosas no se identifican con tu alma; también son algo intermedio: algo das a entender por estas señas pero ellas ni son tu alma ni el alma de tu hijo; sino que todas esas maniobras de tu cuerpo quedan muy por debajo de tu alma y de la de tu hijo, y no puede llegar tu hijo a conocer tu mente si no le das signos corporales. ¿Qué he de hacer, pues? ¿Cómo darme a entender? Allí, cierto, no hay eso, simplicidad simplicísima sólo. El Padre muestra al Hijo lo que hace, y mostrándose lo engendra. Ya veo lo que ha dicho; mas porque veo también a quienes se lo ha dicho, haga Dios que alguna vez me entendáis. Ahora, si no podéis entender qué es Dios, entendad al menos qué no es: gran provecho habréis alcanzado si no sentís de Dios algo que él no es.

No es Dios cuerpo, no es tierra, no es cielo, ni luna, ni sol, ni estrellas, ni cuerpo alguno. Oye todavía otra cosa: no es Dios espíritu mutable. Porque confieso, y hay que confesarlo, porque lo dice el Evangelio, *que Dios es espíritu*. Pero pasa sobre todo espíritu mutable, pasa aquellos espíritus que ahora saben, ahora ignoran, ahora recuerdan, ahora olvidan; quieren lo que antes rehusaban, no quieren lo que querían; ya sufra esas mudanzas, ya pueda sufrir las; pasa todo eso. En Dios no encuentras nada mutable, nada que ahora sea y poco antes no haya sido. Porque donde quiera que encuentres mudanzas ha acaecido cierto género de muerte; porque muerte es no ser lo que fue. Inmortal llaman al alma; lo es, porque vive siempre, y hay en ella cierta vida permanente, pero, es su vida mutable; y, por razón de esta mutabilidad, mortal puede también llamarse, porque si vivía sabiamente y pierde el juicio, muerta es en peor; si vivía neciamente y entra en cordura, muerte es ésta en mejor. La Escritura nos lo enseña. En efecto, muertos en peor, estaban aquellos, de quienes dijo Cristo: *Deja a los muertos sepultar a los muertos*¹⁶; y levántate tú que duermes y resucita de entre los muertos, y te alumbrará Cristo¹⁷; y en la lección de hoy: *cuanado los muertos oírán y los que oyen vivirán. En peor estaban muertos, por eso resucitan*. Reviviendo mueren en mejor, porque ya no serán lo que eran; y no ser lo que uno era, muerte es. Mas tal vez siendo como es, en mejor, no debe llamarse muerte. Muerte la llamó el Apóstol: *si habéis, pues, muerto en Jesucristo, en orden a aquellas primeras y elementales instrucciones del mundo*.

*¿por qué las queréis reputar todavía por leyes vuestras, como si vivierais en la época aquella del mundo?*¹⁸ Y también, *Muertos es-táis ya, y vuestra nueva vida está escondida con Cristo en Dios*¹⁰.

Quiere que muramos para vivir, porque vivimos antes de al suerte que vinimos a morir.

Pues bien todo lo que muere ya de mejor en peor, ya de peor en mejor, eso no es Dios: porque ni a mejor puede ir la suma bondad ni a peor la verdadera eternidad. Porque es verdadera la eternidad, donde ni hay tiempo ni mudanza alguna. ¿Era esto ahora, ahora aquello? Ya admite tiempo, ya eso no es eterno. Pues para que veáis que no es Dios como el alma: el alma ciertamente es inmortal: ¿por qué, pues, dice el Apóstol de Dios: *El único que posee la inmortalidad*²⁰, sino porque dijo con toda claridad. El solo tiene la verdadera eternidad? Luego no hay allí mutabilidad alguna²¹.

10. Advierte en ti cosa que quiero decirte, dentro de ti; no en ti por de fuera, en tu cuerpo, que también esto puede decirse en ti. Porque en ti está la salud, en ti la juventud y la vejez, pero según el cuerpo; en ti está la mano y el pie: mas unas cosas están en ti dentro y otras en ti como vestido tuyo. Mas deja afuera tu vestimenta y tu carne y pasa a tu interior, a tu mente, y piensa allí, si puedes, lo que quiero decirte. Porque si tú mismo estás lejos de ti, ¿cómo has de poder llegarle a Dios? Estaba ya hablando de Dios y te figurabas haber entendido; ahora hablo de tu alma, de ti; veremos si entiendes, allí te probaré. Y no traigo ejemplos de muy lejos, cuando quiero que veas en tu misma mente una semejanza de tu Dios; porque la verdad, no en el cuerpo, sino en la misma mente, fue el hombre hecho a imagen de Dios. Busquemos a dios en su semejanza, reconozcamos al Creador en su imagen, veamos allí dentro lo que decimos: ¿cómo muestra el Padre al Hijo, y el Hijo ve lo que le muestra el Padre, y aun antes que el Padre haga las cosas por medio del Hijo? Mas aun, después que entendieres lo que yo te dijere, no creas que es lo mismo aquí para que conserves así la piedad, que es lo que principalmente te recomiendo y quiero que guardes; es decir, que si no puedes comprender lo que es Dios, no te parezca poca ventaja saber lo que no es.

11. Dos cosas veo yo en tu mente, tu memoria y tu percepción o vista. Ves una cosa, la percibes por los ojos y la encomiendas a la memoria: allí dentro queda lo que entregaste a la memoria, escondido en un riñón, como en un almacén, como en un tesoro, como en un lugar secreto, en una interior y retirada alcoba. Piensas en otra cosa,

no está allí tu mirada; lo que vistes, en tu memoria está, pero no lo ves,

porque estás mirando a otra parte. En seguida os lo aclaro con un ejemplo. Nombro a Cartago; todos los que la habéis visto la recordáis al punto. ¿Hay tantas Cartagos como almas vuestras? Este nombre os la ha suscitado a todos; estas cuatro sílabas conocidas de vosotros, brotando de mis labios, han herido vuestros oídos; y a través del cuerpo, han tocado o impresionado la sensibilidad de vuestra alma, la cual apartándose o abstraeyéndose de otra visión, se ha recogido, ha reflexionado o lo que allí había y ha visto a Cartago. ¿Se ha formado allí Cartago entonces? No, allí estaba, pero latente, ¿por qué estaba latente? Porque tu alma atendía a otra parte; mas cuando tu mente reflexionó a lo que había en tu memoria, entonces apareció y vino a ser una visión de tu alma. Ha mostrado, pues, tu memoria a tu pensamiento la ciudad de Cartago, y lo que allí estaba oculto antes que atendieras, lo ha mostrado tu pensamiento que se dirigía y reflectía hacia él.

Ahí tienes cómo hace la demostración la memoria y la visión el pensamiento, y no hubo correos de palabras, ni una señal salió del cuerpo, ni sonidos, ni señas, ni escritos, y no obstante, el pensamiento vio lo que le mostró la memoria.

Mas para que tu memoria tuviera a Cartago fue preciso que su imagen entrara por tus ojos: porque primero ves y luego guardas lo visto en el tesoro de tu memoria. Así, el árbol que recuerdas, primero lo vistes, y lo mismo el monte, el río, la cara de tu amigo, la de tu enemigo, de tu padre, de tu madre, hermano, hermana, hijo, vecino; así de las letras escritas en un códice, del mismo códice, así de esta basílica: todo esto lo viste, y después de verlo lo encomendaste a la memoria, y lo guardaste allí para verlo cuando te pareciera, aunque estuviesen ausentes de tus ojos. Porque a Cartago la viste cuando estabas allí; por los ojos cogió tu alma su especie; éste está escondida en tu memoria; y estando tú en Cartago, guardaste allí dentro algo para poder verlo cuando allí no estuvieses. Todo esto lo recibiste de

fuera. El Padre, en cambio, lo que al Hijo muestra no lo recibe de fuera: todo se verifica allí dentro; de tal manera, que no habría criatura alguna fuera, si no la hubiera hecho el Padre por medio del Hijo. Toda criatura ha sido hecha pro Dios; antes que la hiciera no existía. No fue vista, pues, y conservada en la memoria para mostrársela el Padre al Hijo, como la memoria muestra las cosas al entendimiento, sino que se le mostró cuando había de hacerse, y entonces la vio el Hijo y la

hizo el Padre mostrándola, porque la hizo por medio del Hijo vidente. Por eso no debe inquietarnos aquel dicho: *Sino lo que viera hacer al Padre: no dijo (el Padre) demostrante, significando que era el Padre lo mismo es hacer que demostrar: para que por aquí entendas, que por el Hijo vidente (o sea, por la visión del Hijo) hace (el Padre) todas las cosas. Mas ni aquella demostración, ni aquella visión son algo temporal. Porque por medio del Hijo existen todos los tiempos, no se le podían mostrar en tiempo alguno antes de hacerlas. De la misma manera es engendrara la visión del Hijo por la demostración del Padre, que es engendrado por el Padre el mismo Hijo. Porque la demostración engendra la visión. Y si pudiéramos ver a Dios más pura y perfectamente, tal vez veríamos que no es el Padre cosa diferente de su demostración, ni el Hijo de su visión. Mas si apenas pudimos recibir de fuera, ¿cuánto menos podremos entender o explicar cómo muestra Dios Padre a Dios Hijo lo que no recibe de fuera, o lo que no es cosa distinta de sí?*

Pequeñuelos somos: estoy diciéndoos lo que no es Dios, no os enseño lo que es; ¿qué haremos, pues, par entender qué es? Podréis, acaso, saberlo de mí o por mí? Yo lo diré a los pequeñuelos, a vosotros, y a mí: Hay uno por quien podremos saberlo: poco ha lo hemos cantado, por ha lo hemos oído: *Echa sobre el Señor tus cuidados, que El te nutrirá*¹²². Por eso no puedes, oh hombre, todavía, porque eres pequeño; si eres pequeñuelo, has de recibir el nutrimento conveniente: así crecerás y llegarás a ser grande; y entonces podrás ver lo que no podías cuando pequeño; mas para recibir ese nutrimento echá confiadamente sobre el seno de tu Señor y tu Padre todos tus afanes, y El te nutrirá.

12. Recordamos ahora lo qu falta, y ved cómo insinúa el Señor lo que os he dicho: *El Padre ama al Hijo y le muestra cuanto hace. Resucita las almas, mas por medio del Hijo, para que, resucitadas, gocen de la esencia de Dios, es decir, del Padre y del Hijo. Y le mostraré obras mayores. ¿Mayores que cuáles? Que las curaciones de los cuerpos. Ya lo explicamos*²³. Y así no hemos de detenernos. Mas es resucitar para siempre que sanar a aquel enfermo. *Y le mostraré obras mayores que estas de suerte que os admiréis. Le mostrará en el tiempo: luego como a un hombre hecho en el tiempo. Porque el Verbo, en cuanto Dios, no ha sido hecho en el tiempo, antes por él se hicieron los tiempos; mas hecho hombre es Cristo en el templo. Sabe-*

mos en qué consulado, en que día dio a luz la Virgen maría a Cristo, concebido por obra del Espíritu Santo: luego en el tiempo se hizo aquel por quién, en cuanto Dios, se hicieron los tiempos. Por eso a El, en cuando existente en el tiempo, le mostró esas obras mayores, esto es, la resurrección de los cuerpos, a fin de que vosotros os maravilléis de verla hecha por el Hijo.

13. Vuelve luego a la resurrección de las almas: *Así como el Padre resucita los muertos y los vivifica, así también el Hijo vivifica a cuantos quiere, mas según el espíritu. Vivifica el Padre, vivifica el Hijo; a cuantos quiere el Padre, a cuantos quiere el Hijo; mas a los mismos el Padre que el Hijo; porque por El se hicieron todas las cosas. Pues así como el Padre resucita y vivifica a los muertos, así también el Hijo. Esto de la resurrección de las almas. Y de la de los cuerpos, ¿qué? Vuelve y dice: *Porque el Padre a nadie juzga, sino que dio al Hijo todo el juicio. La resurrección de las almas se hace por la substancia eterna e incommutable del Padre y del Hijo: la de los cuerpos, por la economía temporal de la humanidad del Hijo no coeterna al Padre. Por eso cuando menciona el juicio en que se hará la resurrección de los cuerpos, dice: *No juzga el padre a nadie, sino que dejó ese ministerio al Hijo; en cambio, de la resurrección de las almas dice: *Como el Padre resucita y vivifica a los muertos, así también el Hijo. Aquello primero, pues junto el Padre y el Hijo; esto de la resurrección de los cuerpos: *No juzga el Padre a nadie, sino que dio al Hijo todo el juicio. Para que todos honren al Hijo como honran al Padre. Dijese esto de la resurrección de las almas: *Para que todos honren al Hijo. ¿Cómo? Como honran al Padre. Porque la resurrección de las almas lo mismo la obra el Hijo que el Padre: como vivifica el Padre, así el Hijo. Por consiguiente, en la resurrección de las almas *deben honrar todos al Hijo, del mismo modo que al Padre. Y de la honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió. No dijo Sicut (del mismo modo), sino que sólo dijo: *Honra y honra (a uno y a otro). Porque también Cristo hombre recibe honor, mas no como Dios Padre. ¿Por qué? Porque, según esto, dijo: *El Padre es mayor que yo. Cuando ha de ser el Hijo como el Padre? Cuando en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios... y todas las cosas fueron hechas por El. Y por eso en esta honra segunda, ¿qué dice? *El que no honra al Hijo no honra al Padre que le envió. No fue enviado, sino en cuanto que se hizo hombre.**********

14. *En verdad, en verdad os digo. Otra vez vuelve a la resurrección de las almas; para que, a fuerza de repetítmolo, lo entendamos: volaba mucho su palabra, y no podíamos seguirle; mas he aquí que casi habita con nuestras enfermedades: de nuevo vuelve a recomendar la resurrección de las almas: En verdad, en verdad os digo que el que oye mi palabra y cree al que me envió, tiene la vida eterna: mas como del Padre. Porque quien oye mi palabra, y cree al que me envió, del Padre, tiene la vida eterna, creyendo en Aquél que lo envió. Y no incurre en sentencias de condenación, sino que ha pasado ya de muerte a vida: mas por el Padre es vivificado, en el cual cree. ¿Pues qué, Tú no vivificas? Figúrate cómo también el Hijo vivifica a cuantos quiere: En verdad, en verdad os digo que viene la hora en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y aquellos que la escucharen vivirán. Aquí no digo creerán al que me envió, y por eso vivirán: sino oyendo la voz del Hijo de Dios, los que la escucharen, esto es, los que obedecieran al Hijo de Dios al Padre, y del Hijo recibirán la vida cuando crean al Padre, y del Hijo cuando escucharen su voz. ¿Por qué recibirán la vida del Padre, y la recibirán también del Hijo? Porque así como el Padre tiene la vida en sí mismo, así dio al Hijo tenerla en sí mismo.*

15. De la resurrección de las almas bien satisfechos nos ha dejado; resta que nos diga algo más claro de la de los cuerpos. Y le dio *potestad de juzgar. NO sólo de resucitar las almas por la fe y la sabiduría, sino también de juzgar. ¿Y esto por qué? Porque es el Hijo del Hombre. Luego el Padre hace cosas por medio del Hijo del Hombre, que no las hace por su propia substancia, a la cual es igual el Hijo; así como el nacer, el ser crucificado, el morir, el resucitar, que nada de sto conviene al Padre: así la resurrección de los cuerpos. Porque la resurrección de las almas la hace el Padre por su misma substancia, y por la substancia del Hijo, por la cual es igual al Padre; porque las almas, no los cuerpos, son las que llegan a hacerse partícipes de aquella incommutable luz, mientras que la resurrección de los cuerpos la hace el Padre por medio del Hijo del Hombre. Y le dio, dice *potestad de juzgar, porque es Hijo del Hombre, según aquello que arriba dijo. Pues el Padre a nadie juzga. Y para mostrar que dijo esto de la resurrección de los cuerpos, dijo: No os admiréis de eso, porque viene el tiempo; no, ahora es, sino viene la hora, en la cual todos los que en los sepulcros están; ya oiséis esto ayer hasta la saciedad*²⁴: *Oirán su voz, y saldrán. ¿Y a dónde?, ¿al juicio? Los que**

bien obraron, a la resurrección de la vida; los que mal, a la resurrección del juicio (o condenación). ¿Y esto lo haces tú solo, porque el Padre dio al Hijo todo juicio, nadie juzga? Yo, dice, lo hago. ¿Mas como lo haces? Por mí mismo nada puedo hacer; según oigo, así juzgo, y mi juicio es justo. Cuando se trata de la resurrección de las almas, no decía: *Oigo, sino veo*. Porque oigo como una orden del Padre que manda... Ya, pues, como hombre, como cosa en que es mayor el Padre; ya en la forma de siervo, no en la de Dios, como oigo, así juzgo y mi juicio es justo. ¿De dónde le viene el juicio del hombre ser justo? Atended, hermanos míos: Porque no busco mi voluntad sino la voluntad de Aquel que me envió.

Notas:

1. Mt. 7, 24.
2. 1 Cor. 10, 4.
3. Ps. 131, 17, 18.
4. Mt. 4, 16; Ps. 106, 10.
5. 1 Cor. 15, 10.
6. 2 Petr. 1, 19.
7. Mt. 5, 14.
8. Mt. 5, 14, 15.
9. Ibid. v. 16.
10. En el Trat. XX, n. 11, 12; explicó el Dootar estas palabras.
11. Ps. 41, 4, 5.
12. Ps. 24, 1.
13. Sap. 9, 15.
14. Fil. 2, 6.
15. El sentido parece ser: No expliques los misterios divinos con ejemplos humanos; esto se prestaría a inteligencia carnal y errónea y hasta quitaría mérito a la fe, que es el fundamento de nuestra sobrenatural semejanza con Dios.
16. Mt. 8, 22.
17. Ef. 5, 14.
18. Col. 2, 20.
19. Ib. 3, 3.
20. 1 Tim. 6, 16.
21. San Bernardo explica en el mismo sentido el paso de San Pablo. De la inmortalidad deduce lógicamente la inmutabilidad (In. Cant. Serm. 31, n. 5).
22. Ps. 54, 23.
23. Tr. 21, n. 5 ss.
24. Tr. 22, n. 13.

HOMILIA XXIX

Desde aquel pasaje: Después de esto pasó Jesús al otro lado del mar de Galilea, que es el lago Tiberíades, hasta aquel: Este es sin duda el Gran Profeta que ha venido al mundo. (6, 1-14).

1. Los milagros que hizo Nuestro Señor Jesucristo son, sin duda alguna, obras divinas que, por la contemplación de las cosas visibles, conducen al humano conocimiento de Dios. Porque como El no es de tal naturaleza que pueda ser conocido por vista de ojos, y los nuevos milagros con que rige el mundo y gobierna el universo, a fuerza de repetirse a la continua no nos impresionan, hasta en el más pequeño grano de semilla; movido de su atención en las estupendas maravillas que Dios realiza, hasta el más pequeño grano de semilla; movido de su misma infinita misericordia, se reservó alguna, para hacerlas oportunamente, fuera del ordinario y acostumbrado curso y orden de la Naturaleza, a fin de que viendo, no cosas mayores sino más desusadas, se llenasen de admiración y espanto los que menosprecian la vida de cada día. Porque mayor obra es y mayor maravilla sustentar, conservar y gobernar el mundo entero, que saciar a cinco mil hombres con cinco panes, y sin embargo, de aquello nadie se admira, de esto todos; no por ser cosas mayores, sino por más raras. Porque ¿quién es el que también ahora alimenta al mundo entero, sino el que de unos pocos granos saca, produce y multiplica las mieses? No hizo, pues, otra cosa que mostrarle. Dios. Porque de donde de unos cuantos granos multiplica las mieses de allí multiplicó en sus manos los cinco panes. El poder, en las manos de Cristo estaba; que aquellos cinco panes, ¿qué otra cosa eran sino semillas, no sembradas en la tierra, sino multiplicadas, por el que fundó la tierra? Presentoselas esto a los sentidos para levantar a Dios la mente; mostróselas a los ojos para ejercicio del entendimiento, para que, por las obras visibles, admirásemos a Dios invisible, y así elevados y purificados por la fe, desesásemos ver invisiblemente (es decir, no por los ojos corporales, sino por el entendimiento, confortado con el *lumen gloriæ*) al Invisible, a

cuyo conocimiento habíamos logrado llegar, subiendo por la escala de

la creación visible.

2. Mas en los milagros de Cristo no basta mirar y admirar eso. Preguntemos a los mismos milagros qué nos dicen de Cristo, que también ellos tienen su lenguaje, si llegamos a entenderlos. Porque siendo Cristo el Verbo, o Palabra de Dios, también sus mismos hechos son para nosotros palabras. Por tanto, así como hemos oído cuán grande fue este milagro; investiguemos también cuán profunda significación encierra; no nos contentemos con deleitarnos en su exterior corteza, sino procuremos escudriñar y penetrar su profundidad y altísima. Porque lo que nosotros admiramos de fuera encierra dentro gran significación y misterio. Hemos visto, hemos admirado y remirado una cosa grande, preciosa, magnífica y enteramente divina que sólo Dios puede hacer; y por la obra hemos alabado al autor.

Mas así como si en un códice estuviésemos contemplando hermosísimos caracteres, no nos contentáramos con alabar la insigne pericia del artista, hasta en los más pequeños ápices, y cuán parecidas, cuán iguales y hermosas había plasmado todas las letras, si no llegáramos, además, a leer y entender qué nos decía en ellas; así sucede también en este milagro del Señor: el que sólo lo mira de fuera, se complace y deleita con la hermosura de la obra, de suerte que admira al artífice; mas quien, además, lo entiende, como que lee. Porque de una manera mira una pintura y de otra una escritura. Cuando miras una pintura, excita su contemplación tu admiración y alabanza; mas aquí cesa tu interés; mientras que al ver las letras, no es esto todo, sino que ellas mismas te están invitando a leer. Porque al verlas, si tal vez no sabes leerlas, dices: ¿Qué habrá escrito aquí? Y, puesto ya en el rastro, sigues indagando más y más. Otra cosa bien diferente de lo que a ti te encantaba, te va a enseñar aquel de quien deseas conocer lo que has visto. Unos ojos tiene él y otros tú. ¿Pues no habéis estado viendo y admirando los mismos ápices y perfíles? Cierro, mas no conocéis del mismo modo los signos. Tú, pues, ves y alabas; él ve, alaba, lee y entiende. Pues ya que vimos, ya que alabamos, veamos y entendamos.

3. El Señor en el monte; entendamos algo más; porque el Señor en el monte es el Verbo en lo alto. Por tanto, no es cosa baja ni de poca monta lo que en el monte se hace, ni para pasado de largo, sino digno de nuestra consideración y admiración. Vio las turbas, mirólas hambrientas, sustentólas compasivo, no con su bondad sola, sino usan-

do también de su poder. Porque ¿de qué serviría la bondad sola donde no había pan para sustentar a las hambrientas turbas? Si a la bondad no se juntara el poder, quedara aquella multitud hambrienta y ayuna. Finalmente, los discípulos que acompañaban al Señor también se com- padecieron del hambre y necesidad de las turbas, y querían alimentar- las para que no desfalleciesen de hambre, mas no tenían con qué sustentarlas. Preguntó el Señor de dónde comprarían panes para man- tener a tan gran muchedumbre. Y dice la Escritura: *Esto lo decía para probarlo*: a Felipe, a quien había hecho la pregunta. *Pues bien sabía El lo que iba a hacer*. ¿Para qué, pues, lo probada, sino para mostrar la ignorancia del discípulo? Mas tal vez quisio decirnos algo en el mostrar la ignorancia del discípulo. Luego aparecerá cuando el mis- terio mismo de los cinco panes comience a hablarnos e indicarnos qué significa; pues allí veremos por qué quiso el Señor en este hecho demostrar la ignorancia del discípulo, preguntándole lo que El sabía.

Porque unas veces preguntamos lo que no sabemos, deseando oír par- aprender; otras, preguntamos lo que sabemos, deseando averiguar si el interrogado sabe lo que le preguntamos ambas cosas las sabía el Señor; sabía lo que preguntaba, pues bien conocido tenía lo que iba a hacer; y asimismo sabía que Felipe lo ignoraba. ¿Por qué, pues, le preguntaba, sino para demostrar su ignorancia? Mas por qué hizo esto, después lo entenderemos.

4. Dijo André: *Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes y dos peces, mas ¿de qué sirve esto para tantos?* Cuando Felipe dijo: *doscientos denarios*, de pan no bastarían para que tomara cada uno un bocado, había allí un muchacho que tenía cinco panes y dos peces. *Dijo Jesús: Haced sentar a esas gentes. El sitio estaba cubierto de hierba. Sentáronse, pues, al pie de cinco mil hombres. Tomó el Señor Jesús los panes, dio gracias, ordenólos, partiéronse los panes y pusie- ronse ante los comensales, no ya cinco panes, sino lo que había aña- di- do el que creó el aumento. Y lo hizo con los peces, dando a todos cuanto querían. No sólo quedó saciada aquella turba, sino que sobra- ron muchos pedazos, que mandó el Señor recoger para que no se perdiesen. Hicieronlo así y llenaron doce cestos de los pedazos que habían sobrado.*

5. En suma, para aligerar, los cinco panes designan los cinco libros de Moisés; y con razón no eran de trigo, sino de cebada, pues pertenecen al antiguo Testamento. Ya sabéis que la cebada es de tal naturaleza que no es fácil llegar hasta su médula, porque se halla ésta

6. Nada está de más, todo tiene su significación: pero hace falta demostrarlo el Señor, preguntándole, la ignorancia del discípulo. templo, por la ignorancia, pues, que el pueblo tenía de la ley; por esto pendiente El de la cruz, no se había rasgado de alto a bajo el velo del se había quitado el velo, pues Cristo no había venido aún: todavía, *cuando se lee a Moisés, cubre su corazón un velo* ¹. Porque todavía no la ignorancia del pueblo, del cual se dijo: *Y así hasta el día de hoy*, tirlos o comentarios? Mas como en aquella cebada estaba encubierta cinco libros de Moisés, ¿cuántos volúmenes no han producido al par los panes; partiéndolos se multiplicaron; nada más cierto, pues la persona lo que por el Antiguo Testamento prometía. Y mandó partir llevaban cerrado. Gracias sean dadas a El, que lo cumplió por su víctima, que se ofreció a sí mismo por nosotros a Dios; de rey, porque en sí, las dos personas de sacerdotes y de rey; de sacerdote, por la por la cubierta pajiza de la misma. Vino el mismo y el uno llevando cado: vino el significado por la médula de la cebada, aunque oculto Y en misterio vino, por fin, aquel mismo que por ellos era signifi-

pueblo, el sacerdote y el rey. que en el Antiguo Testamento eran ungidos para santificar y regir al Los dos peces nos parece que significaban aquellos dos personajes era portador, encerradas, servían de carga; descubiertas alimentaban. mente los llevaba y no comía de ellos. Porque las observancias de que guñamos quién era este muchacho, quizá el pueblo de Israel; puertil-sacia. Llevaba, pues, un muchacho cinco panes, y dos peces. Si precubiertas de carnales misterios; si a su médula llegas, alimenta y trabajoso separarla. Tal es la letra del Antiguo Testamento, vestida de revestida de una cascarrilla de paja, tan tenazmente adherida que es

pueblo-no puede entender se confían a aquellos que son aptos para enseñar a otros, como eran los Apóstoles? Por eso se llenaron doce cestos. Hecho fue éste maravilloso, por su insigne grandeza, y utilizámo por su espiritual significación. Los que entonces lo vieron llena-ronse de admiración y asombro; nosotros, al oírlo, no nos admiramos. Porque se hizo para que ellos lo viesén, se escribió para que nosotros lo leyésemos. Lo que en ellos hicieron los ojos, eso hace en nosotros la fe. Pues vemos con nuestra mente lo que no pudimos contemplar con los ojos, y nos han preferido a ellos, porque de nosotros se dijo: *Bienaventurados los que sin ver creen*. Y aun me atrevo a decir que tal vez hemos llegado a entender nosotros lo que no entendió aquella turba. Y hemos sido verdaderamente alimentados nosotros, que he- mos logrado llegar a la médula de la cebada.

7. Finalmente, aquellos hombres que vieron el milagro, ¿qué juzgaron? *Aquellos hombres*, dice, *al ver tan gran portentio, decían: Verdaderamente es este profeta*. Acaso dijeron tal cosa de Cristo, porque todavía no habían levantado sus pensamientos a cosas más altas, sino que yacían postrados aun en el heno. Era no sólo profeta, sino Señor de los Profetas, el que los llenó de su espíritu profético, el santificador de los profetas, pero también profeta; pues también a Moisés se le dijo: Yo les suscitaré un profeta semejante a ti³. Seme- jante según la carne, no según la majestad. Y que del mismo Cristo se ha de entender aquella promesa, claramente se lee y declara en los actos de los Apóstoles⁴. Y el mismo Señor dijo de sí: *Un profeta*, por lo regular, *no es mirado con veneración en su patria*. Profeta era el Señor, y el Verbo de Dios era el Señor, y sin el Verbo de Dios ningún profeta profetiza; con los profetas (inspirándolos) está el Verbo de Dios, y profeta es el Verbo de Dios. Merecieron los primitivos tiem- pos profetas inspirados y llenos del Verbo de Dios; merecimos noso- tros tener por profeta al mismo Verbo de Dios; mas del mismo modo es profeta Cristo, Señor de los profetas, como es ángel Cristo, Señor de los ángeles. Pues también se le llamó Ángel de gran consejo⁵. Mas en otra parte, ¿qué dice el Profeta?: *Que no será un legado, ni un ángel, sino que El mismo vendrá y los salvará*⁶; esto es, para salvar- nos no enviara un legado, ni un ángel, sino que vendrá El mismo. ¿Quién es el que vendrá? El mismo Ángel. Aunque, cierto, no por medio de un ángel, sino que El de tal manera es ángel, que es también Señor de los ángeles. Porque la palabra griega ángel significa en latín mensajero, enviado. Si Cristo nada anunciase, no sería llamado ángel;

si nada profetizase no se llamaría profeta. Exhortónos a la fe, a conquistar la vida eterna; enseñó cosas estando presente, predijo otras para el futuro, por lo que anunció estando presente, ángel era; por lo futuro que predijo, profeta era; y por haberse hecho carne el Verbo de Dios, de ángeles y de profetas Señor era.

Notas:

1. 2 Cor. 3, 15.
2. Is. 40, 6.
3. Dt. 18, 18.
4. Act. 7, 37.
5. Is. 9, 6, según los LXX.
6. Is. 35, 4.

INDICE

3	IN MEMORIAM.....
5	Tratado XIII.....
20	Tratado XIV.....
32	Tratado XV.....
47	Tratado XVI.....
53	Tratado XVII.....
64	Tratado XVIII.....
75	Tratado XIX.....
91	Tratado XX.....
102	Tratado XXI.....
116	Tratado XXII.....
127	Tratado XXIII.....
141	Tratado XXIV.....